

PRESENCIA DE «CLARIN»

No hubiera sido menester la proximidad de dos conmemoraciones tan cercanas —1951: cincuenta años de su muerte; 1952: un siglo de su nacimiento— para que trajéramos nuevamente a primer plano la figura y la obra de Leopoldo Alas, *Clarín*. En rigor, nunca le habíamos considerado muy distante. Tampoco —mentiríamos al hiperbolizar su vigencia—, muy próximo. A la justa distancia de un noble antecesor, de un abuelo con doble rostro: por un lado, identificado con su época, por otra desbordándola, rozando nuestros días, merced a su trasfondo poético, a su plural curiosidad, a sus preocupaciones de moralista. Mas lo incuestionable es que hay en Leopoldo Alas —como en Juan Valera, y no hablo de Galdós, sólo hoy plenamente valorable— ciertas resonancias, ciertas claras proyecciones que le salvan de la penumbra donde se agrisa buena parte de sus contemporáneos finiseculares. El autor de *Las ilusiones del Doctor Faustino* perdura y es relegible siempre merced a cierta capacidad de “encantamiento”, no mágica, sino exactamente lo contrario: terrena, cotidiana; gracias a su avasalladora amenidad coloquial. Don Juan Valera charla, divaga de un modo disertado y ocurrente, con una gracia y una distinción ya perdidas, de viejo señor; es benigno, tolerante, bienhumorado; si él nunca se indigna, tampoco nos

arrebata, pero asimismo no nos aburre jamás. El autor de *Doña Berta* irradia en no menor grado análoga simpatía comunicativa; es tierno allende sus acometidas; sabe más cosas de las que dice; es ingenioso, aun con exceso...

Desde nuestros gustos actuales, el tono festivo rebaja la calidad y avejenta los colores de muchas páginas críticas clarinianas. En este punto el *solista* se dejó influir por el *coro*. *Clarín*, formado en la escuela de un periodismo ameno, sí, pero menos "ático" que chabacano, hubo de pagar tributo al mal gusto de su época, aquellos sórdidos —en lo estético— años finiseculares, glorificadores de la "pintura de historia", del "poema narrativo", y descendió por veces del supuesto "aticismo" al chiste fácil... Le disculpa su mira última: ser leído por todos, en un medio, en un tiempo tan remisos a la letra impresa. Porque *Clarín* —quizá de esto no podamos darnos bien cuenta hoy— fue leído, extraordinariamente leído y discutido; consiguió el cuasi milagro de hacerse leer en un país y por un público tan de sólito renuente a toda otra cultura que no llegara oralmente o por imágenes. Paralelamente fue también —de esto conservamos mayores testimonios— muy temido y combatido. Buscaba al lector: le halagaba y soliviantaba al mismo tiempo. Haciale cosquillas y le sacudía de su poltronería mental. Satisfacía los instintos burlones del hombre medio —a costa de mediocridades obvias: poetastros, dramaturgos chirles—, pero también intentaba infundirle inquietudes de más alto rango. Para lograr esto último no reparaba en medios o acudía a los más asequibles, y, en primer término, a la chanza.

Cuando a otros cincuenta años de distancia sean juzgados nuestros hábitos mentales, quizá se los tache de "solemnes", de "profundos" —sí, precisamente, entrecomillados de forma irónica. Mas no por curarnos en salud hemos de ocultar que lo ingenioso —y aun lo chusco —se valorizaba desmesuradamente en las postrimerías españolas del siglo XIX. Basta repasar los primeros libros de un espíritu que se definiría luego con muy otros

rasgos, como *Azorín* —mejor dicho, el pre-*Azorín*, el Martínez Ruiz de *Buscapiés* y *Charivari*— para corroborarlo. De ahí la huella flagrante que en tales libros se advierte, marcada no sólo por *Clarín*, sino por otros articulistas ingeniosos muy leídos a la sazón: Bonafoux, *Fray Candil*. Entre todos repartíanse entonces el dominio de la crítica literaria aplicada a la actualidad, mientras Menéndez Pelayo, Valera, la Pardo Bazán se reservaban otras zonas más intemporales, menos comprometedoras.

* * *

Si hemos comenzado por evocar al *Clarín* crítico, siguiendo la misma prioridad visual que probablemente le aplicaban sus coetáneos ¿significa esto que demos también la prioridad de preferencia a aquella parte de su obra? No; el poderoso novelista de *La Regenta* nos importa hoy más que el satírico de los *Paliques*, el narrador de los *Cuentos morales* guarda una vitalidad, una frescura, una atracción que el articulista de *Solos de Clarín* ha perdido casi totalmente. Es decir, queda establecida una preferencia inversa a la que seguramente mereció su obra hace cincuenta años. Y sin embargo ¿fue *Clarín* realmente, esencialmente, un crítico literario? Tal es la pregunta certera que ya se planteaba *Azorín* en 1917. “Crítico literario — escribía— que entra dentro de la obra, que nos dice cómo está construída, que la descompone en sus menudas piezas —al igual que un relojero con un reloj— y luego la vuelve limpiamente a limpiar; crítico literario, repetimos, ¿lo ha sido realmente *Clarín*?” Y *Azorín* mismo se contestaba: “no; fue ante todo un filósofo y un moralista”, en el sentido de que el autor de *Ensayos y revistas* ejerció su crítica no para hacer una demostración de técnica literaria, sino a fin de explayar una enseñanza ética y filosófica. Por cierto, algunas de las últimas manifestaciones de la crítica literaria francesa, en esta década

del 50, no siguen otro rumbo, anteponiendo lo ético y aún lo metafísico a los valores puramente estéticos, mas no por un afán didáctico, sino con el propósito de poner al descubierto los últimos repliegues del ser. Algo de esto había en *Clarín*, en su espíritu de suscitador magistral. Como un educador le ha visto fundamentalmente Ramón Pérez de Ayala (en el prólogo a una edición argentina de *Doña Berta*), escribiendo: “No es que sus obras lleven en sí el tono didáctico, ni la intención docente, nada de eso. Son obras de pura literatura, con todos los dones, agraciados o funestos, de la vida y de la Naturaleza, y por eso mismo nos adoctrina como la Naturaleza y la vida...”

Ahora bien, dentro de su tarea crítica, con más frecuencia que al ensayo propiamente dicho, *Clarín* —llevado de urgencias y reclamos— hubo de aplicarse a practicar lo que él llamaba —invocando a Boileau— una “crítica higiénica y policíaca”, encaminada a combatir “el mal gusto y los adesivos” y, por lo tanto, casi ceñida únicamente a la denuncia de infracciones gramaticales, al ojeo de solecismos, galicismos y otras menudas plagas del idioma. Labor útil, sin duda; labor pedagógica (mejorar el gusto del público era su confesado propósito); labor osada y comprometedora (de ahí que para cumplirla con más libertad fundara su propia revista, *Museum* en el tomo VII de sus *Folletos literarios*), pero ¿labor afortunada, con huellas positivas? La prueba en contrario es ésta: aun no habiendo desaparecido —y antes al contrario, acrecido— los motivos, los pretextos —y los correspondientes textos estragados, producto de audaces e ignorantes— para el ejercicio de semejantes sátiras, *Clarín* no se reprodujo: su sistema crítico satírico no encontró continuadores. Más exactamente, los zagueros inmediatos, como un Antonio Valbuena, el de los *Ripios ultramarinos*, llevaron el sistema a su caricatura y descrédito. Los *Paliques* dejaron un reguero nostálgico (“¡si existiera hoy un *Clarín!*!” —oíamos decir en la adolescencia, en los años de aprendizaje literario) y, al mismo tiempo, el sentimiento de

su inutilidad, de su anacronismo. Pero por nuestra parte, siempre lamentaremos el donaire y la mordacidad que *Clarín* derrochó a costa de tantos fantasmas de papel, en vez de aplicarse más frecuentemente a estudiar y alquitarar cuerpos sólidos. El oficio de “dómine” que saca a la vergüenza pública los atentados contra el idioma, contra la sindéresis discursiva, debiera en todo caso ser un menester provisto por el Estado, irremplazable en toda república bien organizada culturalmente; pero dado el “oficialismo” y el “funcionalismo” del menester, será difícil que asuma nunca jerarquía literaria y menos estética. Pues el discernimiento de la calidad o de la belleza en las obras necesita otra sensibilidad, otro espíritu, diferente técnica.

Si *Clarín* legítimamente extremó la vena satírica contra tantos pseudoliteratos y plumíferos irresponsables de toda laya, no por ello se libró de incurrir en demasías benévolas con las “medianías correctas” de su tiempo. Y en cuanto a sus preferencias o distinciones, aplicadas, por ejemplo, a la poesía ¡qué ingenuas parecieron ya muy pocos años después! De los “dos poetas y medio” que señalaba en 1889 (Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio) difícilmente habían de tasarse todos juntos, veinte años después, ni por la más módica fracción. Contrariamente, frente a tantas complacencias o confusiones, deberá recordarse que *Clarín* fue el primero en evaluar, en dar su justa importancia, a figuras entonces sólo bosquejadas, como Galdós y Menéndez Pelayo. ¡Con cuánta lucidez, con cuánta generosidad exaltó sin desmayo al segundo, encontrando buena cualquier ocasión para ensalzarle! Pero —diciéndolo todo, una vez más— la perspicacia de *Clarín* no alcanzó a los jóvenes de entonces, a los que formarían la generación de 1898 (entrevió solamente a *Azorín*, fue reticente con Unamuno), y entre los cuales encontraría fértil resonancia la parte más sustantiva de su espíritu.

* * *

Ya en ocasión anterior (en un capítulo de mi libro *Trip-tico del sacrificio*) apunté algunas líneas de enlace entre *Clarín* y Unamuno. Pero quedan por indicar otras confrontaciones e influjos no menos reveladores. Por ejemplo, el “hombre de carne y hueso” que Unamuno sintió y exaltó de modo patético, reaccionando vital, existencialmente, contra las abstracciones de “lo humano” y “la humanidad” tiene una prefijación indudable en Alas. Este, en una de sus “Cartas a Hamlet” (*Siglo pasado*) propone abiertamente “huir del hombre abstracto, del intelectualismo, para emplear, como base de esa realidad sumergida en lo desconocido, al hombre entero, con su corazón, su vida estética, sus revelaciones morales, sus tendencias de fuerza social hereditaria...”. Y preludivando los ataques contra el positivismo que llevaría Unamuno, y que a la sazón causaba estragos, Alas escribía: “lo que hoy se piensa, a mi ver, no es que se ha descubierto ya el camino de lo metafísico, sino esto otro: que no se puede seguir por otro camino”.

Hombre laico y espíritu con trasfondo religioso, Leopoldo Alas vivió íntima, intensamente tal dualidad, buscando como Unamuno, un punto de equilibrio y superación. El krausismo, en su adaptación hispánica y por vía ética, había removido y sacado a la superficie cuestiones últimas, problemas de conciencia insoslayables. Cabía atacarlos de frente, como Galdós en sus primeras novelas —*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*—, o bien revivirlos desde dentro, como hicieron Alas y Unamuno. El drama religioso de este último —afanosamente estudiado por Hernán Benítez— prolonga el drama vivido unos cuantos años antes por aquél. Sólo ahora, merced a investigaciones y agudos análisis de Antonio Sánchez Barbudo, hechos desde la Universidad de Wisconsin, comenzamos a advertir la significación y trascendencia de aquella crisis religiosa que experimentó en 1897 el autor de *Paz en la guerra*. Parejamente “Leopoldo Alas —ha corroborado Ricardo Gullón— fue hombre de sentimiento y a él supeditó las incitaciones racio-

nales; el problema religioso lo mantuvo en vilo. La religión y sus problemas le preocuparon del modo más vivo". "Aquel drama intelectual del ochocientos —señala por su parte Carlos Clavería— entre la razón y la fe fue vivido intensamente por *Clarín*, tan alerta siempre al problema intelectual y filosófico, al progreso científico europeo, tan hondamente afectado siempre también por el problema religioso y por la tradición católica de su patria".

Ahora bien, Alas, hombre profundamente liberal, entendía aplicar este concepto en toda su extensión, sin exclusiones ni manquedades. Religioso en sus últimos repliegues, pero nada teocrático; enemigo de los extremos, dispuesto a alzarse muy españolamente, por un sentido sacro de lo inalfenable e individualísimo, contra toda imposición dogmática de uno y otro bando. Atador de cabos y extremos, quería sumar, integrar, sin renunciar a lo tradicional ni a lo nuevo, clamando por la tolerancia, por la convivencia, basada en la más abierta comprensión. "Una sociedad —escribía en "La tradición idealista" de *Ensayos y revistas*— es tolerante cuando todas las creencias hablan y se las oye con calma; no cuando hay esta calma porque callan todas". Testimonio de tal estado de espíritu es no sólo el citado ensayo, sino más particularmente aún su hermoso "Diálogo edificante" entre la capilla evangélica y la catedral católica" (*Palique*). Hace decir a la primera: "Hoy existe bastante fanatismo para inutilizarme a mí y poca fe para levantar tus paredes, tus torres. De la religión se han quedado con lo peor, con la intransigencia". Y replica la Catedral: " Si, no cabe negar que falta fe y hay fanatismo. Pero todavía hay fanáticos peores que los nuestros. Los fanáticos descreídos. El fanatismo con dogma tiene esa disculpa: el dogma; pero ¿qué le queda al impío que ni siquiera es tolerante?" Y en el ensayo ya citado sobre "La restauración idealista", elevándose a cierta visión profética, aconsejaba Alas: " ... el buen gobernante debe procurar no hender el añoso árbol; no dividirlo con hacha fría

y cruel... porque se expone a que las mitades, violentamente separadas, se junten en choque tremendo y le cojan entre fibra y fibra”. Que tales prédicas fueran desoídas y que algunos años más tarde la escisión se produjera sangrientamente es doloroso, más revela la clarividencia de Alas y sugiere cómo admoniciones semejantes no han perdido actualidad... Y no es que “la historia se repita”; es que hay ciertas “historias”, ciertos litigios intrahistóricos que no concluyen, que no encontraron aún remate y que se transmiten sombríamente de generación en generación.

De “espiritualismo laico” calificó *Azorín* el pensamiento de Leopoldo Alas. Este le llevaba, por ejemplo, a hacerse una imagen de Renan acaso más clariniana que renaniana. Y lo que nunca lamentaremos bastante es que aquel largo ensayo prometido sobre el autor de *Marco Aurelio* se quedara en esbozo, ya que en tales páginas Alas hubiera fijado definitivamente su pensamiento religioso, atajando así cualquier interpretación contradictoria. Pero lo innegable es que su principal hostilidad iba dirigida contra el conformismo, el indiferentismo espiritual, tendiendo en esencia —como luego haría Unamuno tan apasionadamente— a sacudir modorras y combatir marasmos. “No es librepensador —escribía en *Palique*— el que quiere, sino el que puede: el que en lucha con las infinitas preocupaciones que nos rodean consigue emanciparse de tantas fórmulas como nos asedian, para sustituir con prendería intelectual el propio raciocinio; el que vence todas esas imposiciones de ideas ajenas no asimiladas, ese puede decir que es un verdadero librepensador y un héroe de la filosofía”.

Por vía de ficción el personaje que mejor encarna ese “espiritualismo laico” de Alas es Jorge Arial, héroe de su cuento “Cambio de luz”. Podrá discutirse si este cuento es producto de la crisis vivida por el autor en 1892 —según afirma Juan Antonio Cabezas— o si, más verosímilmente, es la plasmación de un estado de espíritu con raíces permanentes— según viene

a inferir Carlos Clavería. El personaje de Alas— recuérdese— al perder la luz de sus ojos encuentra la luz interior, conquista o recobra la fe y exclama: “Si hay Dios, todo está bien. Si no hay Dios, todo está mal”. Frase paralelizable con aquella otra de Dostoiewski en su correspondencia, donde a propósito de *Los hermanos Karamázov* confesaba haber querido resolver en esta novela “la cuestión principal de que he sufrido consciente o inconscientemente toda mi vida: la existencia de Dios”: y también con la salida de un personaje suyo afirmando crudamente “si no hay Dios todo está permitido”. Dubitaciones que se sitúan en los orígenes de una filosofía de la angustia, de la lucha de la desesperación, del absurdo frente a la fe, dramatizada por Kierkegaard. No es, pues, extraño que quien como Unamuno, a través de Brandés, acababa de descubrir al pensador danés, sintiera paralelamente el estremecimiento de tales cuestiones, reconociendo en Alas si no a un maestro, sí a un incitador intelectual, y escribiéndole: “Es usted no ya el primero, casi el único escritor español que me hace pensar”. Y en otra carta (de 1895), subrayando afinidades: “yo también tengo mis tendencias místicas, pero éstas van encarnando en el ideal socialista, tal cual lo abrigo. Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa cuando se marchite el dogmatismo marxiano y se vea algo más que lo puramente económico”. ¡Generosa premonición fracasada, puesto que lejos de cumplirse ha acentuado cada vez más su imposible utopismo!

* * *

Si en los problemas íntimos, de conciencia, Leopoldo Alas, frente al sectarismo de unos y otros, reaccionó muy personalmente, también en las cuestiones de estética y técnica literaria manifestó su propia dirección. Enrolado aparentemente en las huestes del naturalismo trasplantado —o resucitado, puesto que no andaba muy lejos la tradición del realismo español—,

prologuista de *La cuestión palpitante*, libro donde la Condesa de Pardo Bazán divulgaba los principios de aquella escuela, no tardó en declarar sus distancias. Seis años después de publicar *La Regenta* —que data de 1884—, en su folleto *Museum* se desentendía de todo espíritu de grupo. Examinando algunas novelas de la citada Doña Emilia, criticaba en ellas su manera de entender el realismo, tomándolo simplemente como una antítesis del idealismo. Sin embargo, *Clarín* se cuidaba mucho de caer en el otro extremo, en el efugio idealizador de Valera. Este, en sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1887), replicando a la Pardo Bazán defendía una estética “embellecedora” en teoría, pero hartó cándida y convencional en la práctica.—cuando llega a su extremo, como en el caso de *Juanita la Larga*. Se alzaba contra la “aspiración didáctica del naturalismo”, exaltando contrariamente el desinterés absoluto de la obra de arte y valorando —desmesuradamente— sus virtudes placenteras. Tal concepto de la literatura como “entretenimiento” marca el origen de esa literatura “envilecida —apelativo más actual— que cuenta por contar y distrae sin comprometerse, situándose cabalmente en los antípodas de la otra, la literatura comprometida, o al menos, ambiciosa de remover inquietudes o suscitar problemas, en que hoy estamos.

Mas confrontaciones tan actuales desnaturalizarían por completo el sentido de la obra de *Clarín* y de sus contemporáneos. Bástenos registrar la pervivencia de muchas páginas suyas, con *La Regenta* en primer término (una de las dos o tres grandes novelas españolas del siglo XIX, pero a la cual para ser una obra maestra definitiva estorba cierta prolijidad, daña su detallismo a lo Zola), con algunos de sus cuentos después. *Clarín*, además, incorporó a la geografía literaria *Vetusta*: esa ciudad de Oviedo que luego Ramón Pérez de Ayala rebautizaría como Pilares, acercándose a aquella época clariniana mediante el aire levemente, poéticamente, arcaizante que infunde a sus personajes y costumbres. Y *Vetusta* se convirtió por

obra de su numen en la ciudad española arquetípicamente novelesca, cuyo provincianismo supo hacer trascender; fue la ciudad imaginaria y real donde Leopoldo Alas, *Clarín* “el provinciano universal”, sintió una España rancia y nueva a la par, pero íntimamente —¿fatalmente?— incambiable.

GUILLERMO DE TORRE